

SERMON MORAL

SOBRE

LA VANA CURIOSIDAD.

(PARA LA DOMINICA TERCERA DE ADVIENTO.)

Tu quis es? ¿Quién eres tú?

(JOANN., cap. 1, vers. 19.)

La aparición del Bautista en la Judea fué uno de los acontecimientos religiosos de mayor importancia en el pueblo hebreo. Hacía sobre veinte siglos que Dios iba preparando á los hombres para recibir al Mesías, y este pueblo era el único depositario de las promesas del cielo, y aquel á quien formalmente habia jurado Dios que saldría de su seno el Deseado de los hombres; para radicar y consolidar esta creencia en los hijos de Abraham, envió Dios de tiempo en tiempo Profetas, llenos de ciencia y de virtud, los que sin ocultarse unos á otros, y existiendo en diferentes épocas, iban trasmitiendo de generación en generación los mismos dogmas, anunciando los mismos vaticinios, y corroborando la misma verdad. La venida del Mesías tendria lugar en un tiempo en que, destruido el trono de Israel, pasaria la dominacion temporal á pueblos extranjeros, como lo habian vaticinado Daniel y otros Profetas. Y, en efecto, el heróico pueblo judáico, despues de haber sacudido el yugo de los asirios y de los griegos, rompió la paz y alianza que los Macabeos formáran con los romanos, y la Palestina con

sus habitantes fué reducida á ser una provincia del imperio de Roma; y en confirmacion de esta verdad, San Lúcas hace la descripcion de la venida del Bautista, poniendo las tetarquías ó reinos pequeños en que estaba dividido el cetro de Judá, empuñado por hombres idólatras é incircuncisos, y presidida la Santa Jerusalem por un magistrado romano. Habian además pasado algunas generaciones sin que hubiese resonado en las montañas de Judea la voz de los Profetas. Hubo sacerdotes santos, levitas virtuosos, hombres que dieron sus vidas por defender la ley del Señor; pero habian cesado los oráculos animados, esperando todos al gran Profeta en quien habian de cumplirse los vaticinios, y que sería el Redentor y Salvador de Israel.

Se dejó, por fin, ver uno tan austero como los Elías, tan justo como los Jeremías, y que reunia en sí circunstancias maravillosas, que excitaron en su nacimiento los rumores más característicos de su eleccion á alguna mision extraordinaria. La penitencia que predicaba, la doctrina que enseñaba, los discípulos que reunia, el bautismo que administraba, llamaron la atencion del Concilio y de los Pontífices; y para cerciorarse de cuál era su mision, le envian una solemne diputacion, con el único objeto de preguntarle quién era. *Tu quis es?* Al ver una embajada compuesta de los sábios judíos, de aquellos que explicaban las Escrituras y debian instruir al pueblo en cumplimiento de su deber, pensará cualquiera que estos hombres pretendian instruirse ó certificarse de que habia venido su reparador para obedecer á sus mandatos, venerar su doctrina y su persona, y someterse en todo á su voluntad, y ciertamente no fué así. Un deseo vano de saber quién era aquel hombre, una curiosidad de investigar su doctrina, hé aquí los motivos que inducen al concilio á preguntar á Juan quién era. *Tu quis es?* Curiosidad vana, pues les dijo que no era ni Elías ni el

Cristo, y le creyeron; les anunció que habia estado en medio de ellos uno que vendría despues de él, y que existia desde la eternidad; uno cuya sandalia no era digno de desatar; uno, por fin, que era el Cristo, el Mesías, y no le dieron asenso. Vana curiosidad, pues este Cristo apareció á poco, obrando prodigios nunca oidos, enseñando una doctrina celestial, venerado por el pueblo como el unguido del Señor, ensalzado con los testimonios dados por el cielo de su divinidad; testimonios que ellos mismos oyeran con sus propios oidos y vieran con sus ojos, y con todo no creyeron en él.

Cuán funestas consecuencias acarrese á los judíos esta vana curiosidad, es un asunto digno de nuestra consideracion; únicamente ocupados en la llegada de su Mesías, á quien hacian su Rey y su Libertador, sin atender á las profecías que lo pintaban pacífico y humilde, y estando cumplidos los tiempos señalados por Daniel para su aparicion, se creian autorizados para examinar la vida y acciones de todos los hombres, con el fin de saber si alguno se encontraba revestido de los caractéres que ellos se imaginaban; al mismo tiempo, abandonado por una gran parte el estudio de la ley, se encontraban en sus manos los libros de los filósofos gentiles, cuya lectura curiosa introdujo tanta division, que habia sectas que negaban la resurreccion y las recompensas de la otra vida. ¿Y cuáles fueron las consecuencias de esta vana curiosidad? Perder su dominacion, aborrecerse mutuamente y quedar destruidos; la triste situacion del pueblo hebreo en tales circunstancias es una imágen de la del pueblo cristiano en nuestros tiempos; y así, para aviso de los que me oyen, voy á exponer los efectos deplorables de la vana curiosidad. Imploramos la gracia, etc.

AVE MARÍA.

Como si los hombres no tuvieran asunto alguno de importancia; como si Dios los hubiera puesto en el mundo para llevar una vida ociosa y disipada, no se les ve á muchos en estos tiempos ocupados sino en cosas frívolas y de ninguna consecuencia. ¡Y pluguiese al cielo que las tareas humanas no pasasen de frivolidad y de cosas indiferentes! Mas, por desgracia, no parece sino que la única ocupacion de nuestros dias consiste en saber lo que pasa, en indagar novedades, en buscar noticias de vidas ajenas. «No de otro modo vivian los atenienses, nos dice San Lucas, cuando llegó San Pablo á su Areópago; eran, dice este sagrado historiador, hombres que no se ocupaban sino en decir y oír cosas nuevas:» *ad nihil aliud vacabant, nisi aut dicere, aut audire aliquid novi* (*Act.*, xvii); ocupacion propia de hombres noveleros, de hombres de poca religion, ó de hombres que, si alguna tienen, no piensan con seriedad en los deberes que ésta impone; así es que advertimos en nuestros dias una indiferencia espantosa en llenar las obligaciones respectivas á cada uno, no porque la Religion se haya mudado, pues es inmutable; no por su Autor divino, sino porque los hombres han abandonado las doctrinas sanas y verdaderas, y, como anunciaba San Pablo, apartando el oído de la verdad, se han dedicado exclusivamente á cosas nuevas, á cuentos y noticias desgraciadamente ridículas y extravagantes, y una consecuencia inmediata de este trastorno es que tan volubles se han vuelto los hombres en los principios sociales como en los religiosos, y tan inconsecuentes son en los unos como en los otros. Y, en efecto, hoy dia, como en todos tiempos, se hallan separados los pueblos en cuanto á religion: unos seguimos la verdadera, otros han adoptado sectas falsas; pero en cuanto á la moral, en cuanto á la conducta de los unos y de los otros, ¿no es verdad que la distincion apenas pasa de ser puramente de nombre? Desgraciadamente así

es, y la causa no la busquemos sino en nosotros mismos; la causa es esa vana curiosidad con que está animado todo el género humano; pues todo él, como el pueblo ateniense, parece no tiene otro empleo que buscar y saber cosas nuevas. De aquí es que se ha enfriado en nuestros tiempos la caridad, este amor fraternal que vincula á los mortales; de aquí es que apenas hay almas verdaderamente virtuosas; hé aquí los efectos funestos de la curiosidad vana. Estadme atentos.

Sí: la vana curiosidad destruye el amor fraternal; y en prueba de ello, examinad las obligaciones que impone el amor al prójimo: no se le ha de amar simplemente, sino que hemos de profesar hácia él el mismo amor que hácia nosotros mismos. Discurrámos por todos los seres visibles: ¿hay acaso alguno que sea más amado que nosotros mismos? Ama tiernamente el padre á sus hijos; ama la madre á los que son parte de sus entrañas con un amor el más grande que quepa en una criatura para con otra; amor justo, amor racional, amor que dicta la razon humana y la ley divina, y con el mismo amor deben ser ellas correspondidas por sus hijos; y, sin embargo, por grande y excesivo que sea, nunca llegará á igualar el amor que cada uno tiene á sí mismo, y este amor propio nos obliga á conservar nuestra existencia, nuestro honor y nuestra fama. ¡Cuidado con insultar á este amor propio! Tema el que se atreva á atentar contra nuestra vida ó nuestra reputacion, pues luégo es tenido por un enemigo. ¡Oh! ¡Qué cautos somos, áun tratando con los amigos más íntimos! ¡Qué prudentes para no descubrir nuestros pecados! ¡Qué advertidos para no manifestar nuestros defectos y áun las faltas pequeñas! ¿No es verdad cuanto digo? Sí, y apelo al testimonio que da á cada uno su corazon. Luego si tanto ocultamos nuestro modo de vivir sólo por el amor que nos tenemos, y si este mismo amor hemos de tener al prójimo, ¿qué derecho alegare-

mos para ingerirnos en indagar su conducta, en investigar sus acciones y en examinar su vida? ¿Lo encontraremos en el Evangelio, que es la norma de las costumbres? No: sólo nuestra propia malignidad es la que los impele; sólo la corrupcion de las costumbres puede autorizarlo, y sólo la ceguedad del siglo en que vivimos puede permanecer insensible é irreflexiva en una materia que tiene tan íntima relacion con la conservacion de los vínculos sociales y religiosos.

Preciso es decirlo, para vindicar desde este lugar los derechos del Evangelio, tan altamente ultrajados: la sociedad humana se gloria de haber llegado al apogeo de su ilustracion: hoy son los hombres religiosos por principios; hoy cada uno tiene garantizados sus derechos, se respetan sus propiedades, su persona es invulnerable, el trato social es cordial, sincero; ¿quién lo negará, sin incurrir en la nota de ignorante y de poco versado en los suaves modales del siglo xix? Así lo oimos decir á cada paso; así lo leemos en los innumerables periódicos que ven la luz pública; pero ¡ay! todas estas son voces sonoras, razones especiosas, que desaparecen como el humo, y yo publico, sin temor de ser desmentido, que todo es engaño, mentira, falsedad, error y charlatanismo de los hombres frívolos de nuestra edad. El alma de la sociedad, el pábulo de las reuniones, no es otro que la investigacion de la vida del prójimo. Se inquiere su procedencia, se examina su conducta, se ventila su modo de vivir, y como si cada hombre fuese un juez, se pesan en la balanza de la razon las causas y los motivos que cada uno tiene para hacer ú omitir tales y cuales acciones. Entrad por un momento en una reunion; fijad vuestra atencion en cuanto hay en vuestro derredor: vereis personas compuestas y adornadas, personas de modales cultos, de conversacion ilustrada, de exterior halagüeño; todo es dulzura, todo atrae, todo encanta; pero pasada

la primera salutacion, la escena toma otro aspecto: se preguntan las novedades, se habla de sujetos ausentes, se alaba alguna cualidad en alguno, se empieza la conversacion sobre otro, y á las tres palabras se entabla la crítica más severa; no basta hablar de los acontecimientos públicos y notorios, y la curiosidad no se satisface si no entra en los pormenores de la vida privada de cada uno; los muros más impenetrables, los más ocultos retretes no impiden la entrada á la curiosidad maligna; á fuerza de preguntas, impertinentes en sí, pero disculpadas por la moda de saber vidas ajenas, se llega á saber por qué en aquella familia tuvo un disgusto el esposo con su consorte, por qué aquel jóven abandonó la casa de su padre, por qué aquella que no posee recursos ni tiene posibilidades se presenta con trajes costosos; son examinados los enlaces, la conducta que les precedió, si serán felices, si serán desgraciados; en fin, todos los vivientes conocidos son juzgados, examinados, aprobados ó condenados: el magistrado incurre en la nota de parcial; el sacerdote en la de poco instruido, poco celoso é indiferente; el padre de familias es censurado por su negligencia, la madre por su lujo, las hijas por su disipacion; al pobre se le trata de holgazan, al rico de avaro y usurero. ¡Ah! ¿Quién está exento de la curiosidad maligna y de la crítica perversa de nuestra sociedad elegante?

Mas no he dicho nada: salid de esa reunion donde habeis oido tantas nuevas, donde nadie ha quedado con fama, donde ha naufragado el honor y reputacion de aquella jóven que tuvo una sola ligera imprudencia; id por las calles, entrad en los corrillos: tan pronto oireis hablar de la Religion y de sus ministros, tan pronto de nuevos sistemas y de reformas; aquí los gobiernos son sábios y acertados, allá son estúpidos y arbitrarios; en un momento caen unos, se forman partidos, se levantan banderas, se dan batallas, se consiguen victorias, se de-

cide de la suerte de los imperios y de las repúblicas, y todo se arregla según las ideas de los curiosos investigadores; en otra parte no se habla sino de las modas más recientes, de los trajes más costosos, de los muebles de más gusto; con dificultad oireis hablar una sola vez del modo de educar á los hijos santamente, de los medios de cortar los progresos de la inmoralidad, de los deberes que manda la Religión, de la obligación de frecuentar los Sacramentos en los padres y madres, para que lo hagan sus hijos, con otras tantas cosas que fueran dignas de nuestras investigaciones. No es esto todo aún: á medida que salís de los salones donde habeis oído tanta crítica, empieza la vuestra propia; si habeis callado, se dice que teneis motivos para ello, y luego se da una larga relación de cuanto ha pasado en vuestra vida; los errores de la mocedad, los efectos de las primeras pasiones no son excusados ni por vuestro arrepentimiento ni por vuestra probidad: si habeis hablado en defensa de los ultrajados por la mordacidad, se os trata de hombre tímido y cobarde, y de defensor de los malos; si habeis ayudado á murmurar, se os trata de atrevido, de hombre de mal corazón, de...; pero ¿quién entenderá el inextricable laberinto en que se halla envuelta la generación actual, dedicada exclusivamente á saber cosas nuevas? Y se dirá que los derechos humanos están afirmados y garantizados! Pero estos derechos yo los encuentro sancionados en la Religión, y ésta manda á los hombres el espíritu de caridad, de fraternidad, de justicia é igualdad moral, preceptos infringidos por los hombres, sí, y lo probaré en dos palabras: el hombre tiene dos vidas, una natural, otra moral; de aquélla es dueño absoluto el criador y conservador de la naturaleza, la da y la quita según le agrada, él mortifica y vivifica, él abre los sepulcros y los vuelve á cerrar; y aunque el bien más precioso es éste, pero nada vale sin la vida moral, es decir, sin la vida privada de

honor y de reputación; porque mejor es morir que vivir sin fama, y á esto tiene derecho todo ser racional. ¡Oh derecho inalienable, imprescriptible y sacrosanto del hombre! Ya no existes, pues has sido víctima de la vana curiosidad; á fuerza de inquirir la vida ajena, se revelan los secretos más profundos, sucediendo á menudo que, comunicadas las cosas en secreto, van propagándose de boca en boca, y el que á la faz del público parece hombre de bien y honrado, es tenido en secreto por sujeto vil y despreciable: ¿no es así, amados míos? Yo quisiera pasar de este lugar sagrado á esos tribunales de la Religión, y preguntaros á cada uno, y todos me diríais sin discrepar: «Verdad es, verdad es.» ¿Es esto acaso conforme á las leyes de caridad prescritas por el Evangelio? ¿Es esto respetar los derechos que tiene cada uno? Los hombres que no tienen más profesión que la de saber novedades, ¿son tan religiosos como decantan los autores modernos, los panegiristas del siglo de la razón? El trato de la sociedad, ¿es tan cordial y sincero como se pinta? ¡Ah! Una experiencia fatal nos enseña lo contrario.

Las amistades verdaderas son tan raras, que apenas habrá hoy, no diré los Jonatases y Davides, pero ni áun los que nos describe el poeta en su *Eneida*; estando fundada la amistad verdadera en la caridad, si ésta falta, necesariamente se ha de destruir aquélla; por todas partes encontramos amigos multiplicados, cuando el espíritu divino nos enseña que pongamos la confianza en un buen amigo, cuando la misma filosofía pagana nos prescribe que los amigos han de ser pocos y escogidos. Sí; las amistades son muchas, porque son falsas; ántes de entrar en relaciones con alguno, la prudencia dicta que sea conocido; pero la malignidad no cesa de investigar sus acciones, de escudriñar sus pensamientos, de seguir sus pasos, y el término de estas investigaciones es la

desconfianza, por haber llegado á saber una ligera falta ó un pequeño descuido, y mediando á las veces los ofrecimientos más expresivos en lo exterior, hay en lo interior un corazón lleno de odio, de rencor, de pique, de envidia, de simulacion, de dolo, de emulacion y de menosprecio. ¡Oh pensamiento detestable! exclama el *Eclesiástico* (cap. xxxiii, vers. 1) al considerar esta verdad: ¿de dónde has salido para cubrir la tierra con tu perfidia y tu malicia? Las amistades se pierden á cada paso, las familias se encuentran desunidas y en facciones; los que ántes se profesaban un amor eterno, luégo desenvainan los puñales; ¿y por qué? dice el Espíritu Santo (*Proverb.*, xxvi, 20): porque así como la leña da pábulo al fuego, así los que propagan novedades sobre la vida ajena dan incremento á la discordia, porque las palabras de los investigadores son simples al parecer, pero, semejantes á las saetas, penetran hasta el fondo del corazón.

Hé aquí destruido, no sólo aquel amor que debe estrechar á todos los hombres como á hijos de un mismo Padre celestial, sino aquel especial que une, enlaza, identifica y auna dos corazones, y aquel, por fin, que inspira compasion y ternura hácia el hermano desgraciado. ¡Funesta curiosidad! Manda el espíritu divino que cuidemos de nuestros hermanos, y en vez de emplear hácia él nuestros caritativos desvelos, sólo ponemos en juego nuestra malignidad, quedando insensibles en sus infortunios: *Mandavit unicuique de proximo suo.* (Salmo xvii.) Vuestra curiosidad os ha hecho saber que aquel padre honrado no tiene pan que dar á sus hijos, que aquella madre cuidadosa ha caido enferma, y que sus hijas, privadas de lo necesario, se alimentan con pan de lágrimas, y no les procurais el más mínimo alivio; sabeis que vuestro amigo, vuestro compañero, anda por caminos tortuosos, que frecuenta malas compañías, que su alma se pierde, y no le dais un consejo: *Mandavit, etc.*

Oís que aquella familia se abrasa en el fuego de la discordia, y tan apáticos y crueles como otro Neron en el incendio de Roma, no sólo no pensais en apagarlo, sino que acaso os alegrais. Este es el resultado de las investigaciones curiosas; nada se ignora de cuanto pasa en la sociedad; no hay miseria que no llegue á los oídos de todos, y al fin concluyen las conversaciones con una respuesta revoltosa como la de Cain: ¿qué me importa á mí que aquél se muera de hambre? ¿Qué me hace que se extravie? *Nunquid custos fratris mei sum ego?* (*Gen.*, iv.) Luego ¿por qué observais sus pasos? ¿Por qué investigais sus acciones? Luego sois como los fariseos del Evangelio, que no enviaban sus emisarios al Bautista sino por saber de su conducta, por criticar sus acciones, sin que los animase el más pequeño deseo de respetar su mision, de observar su doctrina ó de creer á sus palabras. Luego no teneis caridad; y, en efecto, así es, amados míos: la vana curiosidad ha destruido este amor divino, que debía abrasar los corazones de los hombres y unirlos entre sí; efecto funesto, pero no es el solo que sea hijo de la vana curiosidad, sino que hay otro aún más deplorable, pues se ha propagado por toda la tierra, y con la furia de una lava volcanizada la ha aniquilado, destruyendo casi en todos los hombres la verdadera Religion y piedad.

Sí; dije que la curiosidad vana es la causa de que haya tan pocas almas verdaderamente religiosas, y voy á probarlo con brevedad; y aquí ¡oh mi Dios! no la lengua, sino las lágrimas debian hablar. Yo quisiera pedir al Señor, con Jeremías, que mis ojos fuesen dos torrentes para llorar dia y noche sobre la desgracia del pueblo católico, de este pueblo que ha abandonado su fé y su moral por ser demasiado curioso. No es esto una paradoja, amados oyentes, no; el dogma y la moral van desapareciendo por la vana curiosidad á que se han entregado los hombres.